

Capítulo 219

Un pasillo oscuro, pero extrañamente bien iluminado.

Mientras Alon lo atravesaba, de repente pensó:

«... Nunca había oido hablar de la existencia de un pasaje así».

Por supuesto, no era extraño que no lo supiera.

El Psychedelia al que jugaba era un juego que se experimentaba desde la perspectiva de Eliban.

Por lo tanto, no era raro que se ocultaran escenarios desconocidos para el jugador.

Sin embargo, lo que intrigaba a Alon era que este pasaje revelaba una extraña inconsistencia en el escenario de Psychedelia que él conocía.

«.....Incluso los bárbaros parecían considerar el Horizonte como una especie de santuario».

Por supuesto, él no conocía los detalles.

En Psychedelia, los bárbaros del norte no eran más que «enemigos».



Nunca se habían revelado detalles sobre ellos ni se habían contado historias sobre ellos.

Pero recordaba vagamente que existía tal escenario.

«... Si este lugar estuviera realmente conectado con el Horizonte, los bárbaros no lo habrían dejado en paz».

Por un momento, se le pasó por la cabeza la idea de que tal vez este lugar no estuviera realmente conectado con el Horizonte.

Alon reflexionó brevemente sobre esa idea antes de recordar a Yutia, quien le había introducido en este camino.

«Ahora que lo pienso, ¿cuál fue exactamente la orden dada por el Papa?».

No había preguntado más porque no quería molestar a Yutia.

Pero desde que ella le presentó este pasaje, Alon había sentido curiosidad.

¿Cuál era exactamente la orden que Yutia había recibido del Papa?

«Se lo preguntaré cuando salga».

Con ese pensamiento, Alon siguió avanzando sin descanso hasta que finalmente llegó a una enorme caverna.

«... Esto es... ¿un altar?».

En cuanto vio las estructuras construidas dentro de la caverna, esa palabra le vino inmediatamente a la mente.

Aunque era antigua, al mismo tiempo desprendía un aura sagrada.

«Debería contárselo a Yutia cuando me vaya».

Con un pequeño suspiro de admiración, Alon pasó junto al altar y siguió adelante.

¿Cuánto tiempo había caminado?

Pronto se percató de la tenue luz que se filtraba desde un punto lejano, lo que indicaba el final de la cueva.

Acelerando el paso, se dirigió hacia la luz.

Y finalmente, cuando llegó al final...

«... Esto es el Horizonte».

Las palabras se le escaparon inconscientemente mientras permanecía allí, mirando fijamente la escena que tenía ante sí.

Incluso Alon, que normalmente era indiferente a todo, no pudo evitar soltar un suspiro de asombro.



No era porque hubiera nada particularmente deslumbrante.

El paisaje que tenía ante sus ojos era el mismo que siempre había visto en el norte.

El cielo siempre gris, la tierra cubierta de nieve y...

una enorme estructura abovedada que se alzaba solitaria en el vasto paisaje.

Era demasiado sencilla como para llamarla hermosa.

Y, sin embargo, Alon lo encontraba hermoso.

Como si el cielo mismo hubiera descendido.

El horizonte abrumador se mostraba en la vasta y virgen nieve blanca que cubría la tierra.

Parecía como si el cielo y la tierra se hubieran invertido.

Hipnotizado, Alon contempló la escena que tenía ante sí y luego dio un paso adelante lentamente.

La nieve, de un blanco inmaculado, sin ninguna huella que la manchara.

Él fue el primero en dejar su huella en ella.

«... Sinceramente, pensé que tal vez no fuera real».



Incluso mientras atravesaba el pasillo, había considerado la posibilidad de que lo que se encontraba al final no fuera el Horizon.

Como el camino había sido tan fácil, era casi más creíble pensar que era falso.

«Debería darle un regalo o algo a Yutia».

De repente, sintió gratitud hacia ella.

En ese momento...

[¿Miau?]

La pequeña criatura negra que se había estado escondiendo en su pecho de repente asomó la cabeza.

¡Hop!

Saltó directamente a la nieve.

Con un suave soplo, todo su cuerpo quedó enterrado en la nieve.

Sin embargo, como si no le molestara el frío, examinó con entusiasmo la nieve que lo rodeaba, completamente fascinado.

«¿A Blackie siempre le gustó la nieve?».



Mientras tanto, Basiliora también salió.

[Este lugar es bastante peculiar].

«¿A qué te refieres con peculiar?».

[.....Hmm. Es difícil de describir directamente, pero es lo que siento].

«¿Una sensación?»

[Sí. Casi como si este espacio estuviera fundamentalmente desconectado de todo lo demás... Por eso decidí salir].

«Ah. ¿Por eso Blackie está actuando de forma extraña?».

Murmurando para sí mismo, Alon observó cómo Blackie comenzaba a comer nieve.

[Miau...]

Rápidamente recuperó a Blackie.

Ya había pasado bastante tiempo caminando y no quería hacer esperar a Yutia.

Así que, con Blackie acurrucado contra su pecho, Alon siguió adelante y se detuvo frente a la enorme estructura.

Un gigantesco edificio con cúpula.

Sus enormes puertas estaban abiertas de par en par, casi invitándolo a entrar.

[Este lugar me resulta aún más extraño].

«¿Ah, sí?»

[Sí. No parece especialmente peligroso... pero da mala espina, así que mantente alerta].

Asintiendo con la cabeza al consejo de Basiliora, Alon entró con cautela por la oscura entrada.

En cuanto lo hizo, una oscuridad total lo envolvió.

Sin embargo, la tenue luz que se filtraba desde el exterior iluminaba débilmente el interior.

Confiado en ese tenue resplandor, se adentró en el interior y pronto llegó al centro del edificio, donde el techo estaba abierto.

Allí encontró una puerta.

Una puerta tan vieja que al girar la manija parecía que las bisagras oxidadas iban a chirriar.

Se alzaba solitaria en medio de la nieve inmaculada.



Al sentir una ligera perplejidad, Alon extendió la mano y agarró el asa.

Y en el momento en que abrió la puerta...

[Has llegado].

Una voz lo llamó.

Gran jefe Luraka.

Estaba furioso.

No, más que furioso: estaba hirviendo de rabia.

¿El motivo?

Una niña había invadido el santuario sagrado de los bárbaros.

Con una sonrisa despreocupada, había profanado con indiferencia la tierra sagrada que había sido protegida durante más de mil años y había roto innumerables hechizos.

Todo por culpa de una chica.

Y cuando reveló el motivo de su intrusión...



su furia se desató con tanta violencia que casi perdió el conocimiento.

El santuario era tanpreciado como la vida misma para los bárbaros.

Solo a los guerreros más valientes se les permitía entrar en él, e incluso entonces, solo una vez en su vida, para recibir sus marcas sagradas.

Sin embargo, esta chica había pisoteado un lugar que todos los bárbaros apreciaban como su propia alma...

con el único propósito de utilizarlo como atajo.

Había destruido todos los hechizos sagrados que habían permanecido durante más de mil años.

Ya no quedaba nada que la detuviera.

Todos los bárbaros, sin dudarlo, se abalanzaron sobre ella.

Luraka no fue una excepción.

Al principio, tenía muchas preguntas para la chica que tenía delante.

Cómo había descubierto el santuario.

Cómo había roto tan fácilmente los hechizos sagrados que ni siquiera los chamanes más poderosos podían deshacer.



Además, también era necesario estar alerta.

Sin embargo, en el momento en que la chica pronunció esas palabras...

Luraka, consumida por la ira, perdió hasta la más mínima pizca de paciencia.

Olvidándose incluso de dar órdenes a los bárbaros que lideraba, blandió su hacha y cargó hacia adelante.

Y el resultado fue...

«.....»

Llegó ante él de la peor forma posible.

«Ah...».

Luraka dejó escapar un leve suspiro.

Todo sucedió en un instante.

Su visión ya no estaba llena de tierra cenicienta, sino de una tierra empapada en sangre.

La nieve apilada, empapada en carmesí, se derritió en el suelo, convirtiéndolo en un pantano fangoso.



La nieve recién derramada, de un rojo brillante, que aún no se había derretido, se congeló bajo el frío de las montañas nevadas, formando hilos inquietantes.

Y en medio de todo eso, estaba la chica.

Con solo unos pocos movimientos, había convertido la tierra cenicienta en un mar de sangre.

Había aplastado a innumerables miembros de su propia especie hasta convertirlos en charcos de sangre en cuestión de segundos.

En medio de un mundo empapado de rojo, ella permanecía allí, con los ojos brillando aún más rojos.

Simplemente de pie, inmóvil.

«.....»

Luraka apretó los dientes.

Podía sentirlo en su piel.

El terror de la muerte que, hacía solo unos instantes, había embargado de ira a sus compañeros.

Nadie fue una excepción.

Incluso los jefes que lideraban a los bárbaros se sintieron sobrecogidos por el asombro y el temor ante el poder que había demostrado la joven.

«Kh...»

Luraka no era diferente.

Sus manos, que empuñaban su arma, temblaban.

Intentó reprimirlo, pero su cuerpo ya se había escapado de su control.

Lo único que pudo hacer fue girar cautelosamente los ojos y volver a mirar al frente.

Y allí seguía la chica, de pie.

Tranquila, o tal vez pausada.

Sin embargo, fue precisamente esa actitud incomprendible la que arrastró a los bárbaros más profundamente al abismo del miedo.

«... Turtur».

«A sus órdenes, gran jefe».

«Toca el cuerno negro».

Al final, Luraka tomó su decisión.



Su lugarteniente, Turtur, abrió mucho los ojos por un momento ante la orden, pero respondió de inmediato.

«Entendido».

Sin dudarlo, sacó el Cuerno Negro de entre sus ropas y sopló en él.

¡Woooooong—!!!!

Un sonido tan fuerte que resonó en las vastas montañas nevadas.

El miedo que momentos antes había dominado a los bárbaros comenzó a disminuir.

Luraka también se despojó del terror que lo había oprimido.

Y cuando se volvió hacia Yutia, que seguía allí de pie tranquilamente...

«Te arrepentirás de no habernos detenido».

En el momento en que habló...

Cayó, de repente y sin previo aviso.

¡Kwaaaaang—!!!!

El cielo y la tierra temblaron.

Los copos de nieve que cubrían el suelo fueron lanzados al aire, formando una ventisca.

El pantano empapado de sangre se hizo añicos, sepultado bajo la agitación de la tierra y la nieve.

Y entonces, emergiendo de la destrucción...

[Hmph...]

El dios exterior de piel oscura,

que había descendido sobre el norte hacía meses y ocultado su presencia, finalmente se reveló.

[Me has invocado].

Neltar, el Inmortal.

Como un demonio, le salían cuernos de la cabeza.

Cuatro enormes brazos y cuatro piernas gigantescas se alzaban sobre todo.

Al oír su voz, teñida de una siniestra diversión, Luraka inclinó la cabeza con reverencia.



«Sí. Oh, Gran Dios Exterior, deseo invocar la autoridad concedida a cambio de un sacrificio».

[Entonces, ¿cuál es tu petición?]

«Mata a esa chica».

No hubo vacilación.

Neltar, aparentemente intrigado, siguió preguntando.

[¿Usarías mi poder para algo tan trivial? ¿Estás seguro?]

«Sí».

[Bueno, es tu autoridad concedida, así que no la cuestionaré. Sin embargo...]

Las comisuras de los labios del dios exterior de piel oscura se curvaron en una sonrisa grotesca.

[Si deseas volver a tomar prestado mi poder, debes ofrecer otros cinco mil sacrificios vivos, como hiciste antes].

«Así lo haré».

[Hmph—]

Poder.

Cinco mil.

Sacrificios vivos.

Una conversación llena de términos horribles concluyó con un comentario sencillo y expectante:

Qué emocionante.

Entonces...

Cuando la mirada de Neltar se volvió hacia Yutia, una leve sombra de arrepentimiento se dibujó en el rostro de Luraka.

Había ofrecido a los soldados y caballeros cautivos de Caliban como sacrificios vivos para obtener esta autoridad.

Nunca esperó utilizarla con la chica que tenía delante.

Pero no se arrepintió de haber invocado al Dios Exterior en ese momento.

Porque lo había visto con sus propios ojos.

El poder que desafiaba la comprensión, el poder que, con un solo paso, había aniquilado toda una base avanzada de Caliban, donde estaban estacionados miles de soldados.



Y así, Luraka se limitó a observar.

Mientras Neltar, como un niño que encuentra un juguete nuevo, daba pasos deliberados y expectantes hacia Yutia.

[Ahora, supongo que debería despedirme de ti...]

Sin embargo...

[Oh, fa...]

En el momento en que Neltar llegó hasta la chica...

No pudo seguir hablando.

En ese instante, una pregunta surgió en la mente de Luraka.

«?»

«?

Y entonces lo vio.

Estremecimiento, estremecimiento, estremecimiento...

El ser, una existencia insondable que él estaba seguro borraría a la chica sin dejar rastro...

[¿Por qué... estás aquí...?]

Ahora temblaba de miedo, su cuerpo se sacudía sin control.